

El adiós de un misionero

"Me voy ligero de equipaje"

El viernes santo murió el P. Carlos A. Calderón

Como un homenaje al padre Carlos Alberto Calderón, fallecido el viernes en Kenya (África), re producimos el reportaje concedido a este periódico a raíz de su partida misionera.

Por Ernesto Ochoa Moreno

Aunque la noticia ha corrido de boca en boca, al padre Carlos Alberto Calderón le incomoda hacer públicos sus sentimientos en torno a la decisión inesperada para muchos, de irse como misionero a África. No quiere que se interprete su gesto como un heroísmo, como si por el hecho de aceptar un llamado del Señor a evangelizar en un continente lejano, la gente creyera que es mejor sacerdote o más comprometido. O que en Medellín o en Colombia no hubiera campo y urgencia de evangelización.



Foto cortesía Misioneros de Yarumal

Al partir

El padre Carlos Alberto Calderón, poco antes de su partida para el África. "Me voy ligero de equipaje", dijo. Estaba feliz de realizar su sueño misionero.

ñaló un hito en la Iglesia Latinoamericana. El rector del Seminario era Pedro Nel Martínez, quien luego dejó el sacerdocio, una persona de gran carisma y que abrió el ambiente seminariático y abrió a los nuevos sacerdotes a un contacto vital con la cultura y la realidad.

Antes de ordenarse trabajó dos años como diácono en la zona del Nus, como miembro de un equipo de sacerdotes comprometidos. El asesinato del padre Jaime Restrepo queda como herida luminosa y redentora de esa experiencia evangelizadora y profética. Una vez ordenado fue coadjutor en Santa Gertrudis, de Envisgado, y profesor en el Colegio Restrepo Molina. Más tarde asumió los destinos de la parroquia del barrio París y luego viajó a Roma para estudiar Teología. Por su regreso dicta ética en

en zonas más desprotegidas de la Iglesia. Casi se queda en Guatemala, en la región de Quiché, en plena persecución de Ríos Montt, pero la enfermedad de su mamá lo hizo de desistir.

Hasta que hace unos días, por casualidad le comentaron, mientras tomaba tinto en el Centro Cerebral Villanueva, que dos sacerdotes de la Diócesis de Cali habían desistido de ir al África, en el convento que sostienen los Misioneros de Yarumal con las diócesis colombianas. Fue una iluminación. Por la noche, en la oración, descubrió que era un llamado. No consultó. Simplemente se lo comunicó al Arzobispo. Al final, todos han entendido su decisión, principalmente su familia, que al saber que eso lo hacía feliz, ha aceptado la separación y la ausencia.

EL ALCALDE LIBERAL DE GÓMEZ PLATA

Carlos Alberto Calderón nació en Gómez Plata en 1948. Fueron diez hermanos. Su mamá murió antes de hacer unos meses; su papá hace cerca de 27 años. De ellos heredó esa sensibilidad por los más desprotegidos. A don José Ignacio, alcalde liberal de Gómez Plata, casi lo matan por defender a los campesinos durante la violencia. "De él aprendí la pasión por la gente, por los más débiles. Ahora entiendo que mi viaje al África está marcado por mi papá y mi mamá".

Para sus hermanos no ha sido fácil aceptar que Carlos Alberto se vaya. Pero han sido generosos. La reciente muerte de la mamá hacia más dura otra partida. El les dijo que se sentía feliz de irse como misionero. Entonces le aseguraron: "La felicidad tuya es la nuestra". Ha sentido como fundamental este apoyo humano y familiar, así como el del grupo de sacerdotes con los que siempre ha compartido su experiencia espiritual y sacerdotal.

EL DIOS NECRO

En unos meses dice que...

El pasado viernes santo, a las 2 p.m., murió en Nairobi, capital de Kenya, en África, el padre Carlos Alberto Calderón, víctima de un paludismo cerebral que lo mantuvo en una prolongada agonía desde mediados del mes de febrero. Mañana lunes se celebrarán los ritos fúnebres en el país africano y luego sus cenizas serán traídas a Medellín, donde su familia y amigos, la Arquidiócesis, el clero de la ciudad y los Misioneros de Yarumal se pedirán con una celebración eucarística al conocido sacerdote.

El padre Carlos Alberto Calderón, quien contaba con 47 años al momento de morir, había partido para el África en el mes de septiembre de 1994, urgido por el llamado misionero de "ir más allá de las fronteras", según la propuesta eclesial de la "Misión ad gentes", integrándose así al programa de asociación que promueven los Misioneros de Yarumal con las diversas diócesis de Colombia. En la entrevista concedida a EL COLOMBIANO, que reproducimos en esta página, así como en una carta que escribió poco antes de partir, dejó en claro el significado de su decisión. Una decisión que, aunque su temprana desaparición tronchó humanamente, desde una visión cristiana y sacerdotal se ha hecho más plena y total con una muerte que tiene el valor de martirio a que están abocados todos los misioneros.

EN OTRO SURCO

En la carta citada dijo: "No

me voy para el África porque piense que aquí no hay nada por hacer, que aquí no urge la misión; aquí y en cualquier otro rincón del mundo en que estamos somos llamados a vivir la misionariedad de nuestra fe. Ir al África (podría haber sido otro lugar) no es más que cambiar de surco del Evangelio. No es más que compartir mi pasión por Jesucristo y por el Evangelio con una Iglesia más desprotegida que la nuestra; es sentir también la universalidad del Evangelio, tan clara en la predicación de Jesús y en el envío que hace a los discípulos."

En ese surco africano, con la bella conciencia que más que coincidencia es un privilegio, de morir en viernes santo, casi a la misma hora en que se recuerda la muerte de Jesús, el padre Carlos Alberto Calderón dejó la semilla de esa resurrección que precisamente hoy, Domingo de Pascua, congrega al pueblo cristiano en torno a una esperanza, a la única esperanza que da sentido a la vida y a la muerte. El hondo pesar que causa el deceso de Carlos Alberto se ilumina así con la fe que siempre predicó, desde la actitud sacerdotal cercana y humana que lo caracterizó.

Se espera que el sepelio en Medellín del padre Carlos Alberto sea el más cálido o el más deseado de Carlos Alberto se ilumina así con la fe que siempre predicó, desde la actitud sacerdotal cercana y humana que lo caracterizó. Se espera que el sepelio en Medellín del padre Carlos Alberto sea el más cálido o el más deseado de Carlos Alberto se ilumina así con la fe que siempre predicó, desde la actitud sacerdotal cercana y humana que lo caracterizó.

Así como Carlos Alberto

Por Alberto Ramírez Z.

Es la noche en el desierto samburu. Ilakir, Enkai (las estrellas de Enkai, los ojos de Dios) se oscilaban en el firmamento. Bienvenida la hermana muerte! Así comenzó a escribir Carlos Alberto en su diario, la noche en que, venido por la fiebre de la malaria, comenzó a morir en Ciudad de Bogotá. Después, el Viernes Santo, Carlos Alberto se memoria definitivamente en Nairobi. Se estaba realizando el sueldo de su vida, poder configurar plenamente su existencia con lo de Jesucristo, su señor y maestro. "Como siempre, la Tavoita de la misión está dañada. Pero yo soy feliz. Puedo morir como los más pobres... un abraza a llegar al hospital".

El sentimiento de todos nosotros es unánime: se nos murió el amigo, el compañero, el hermano. Durante los días de su enfermedad, en los que muchas dejamos de esperar su recuperación, con la ilusión de volverlo a encontrar con él en este mundo, uno de nosotros parecía estar empujando con los dedos el cielo de poder reclamar el privilegio de ser el mejor de sus amigos. Todos tenemos razón: Carlos Alberto nos tenía acostumbrados a sentir que cada uno de nosotros era su mejor amigo.

UN BUSCADOR
Se murió lejos de nosotros, en el continente hermano del África, sin regresar a su tierra para que lleve en su corazón el evangelio, no hay lugar alguno en el mundo que no sea su propia patria. Se murió en un universo cultural y religioso diferente al nuestro: nos estaba empezando a enseñar a nosotros, incondicionalmente, sus enseñanzas dentro de nuestro mundo religioso, que "el Dios cuyos ojos son las estrellas del cielo, Enkai, y su saliva bendita las lluvias que refrescan el desierto", es también un Dios capaz de tener negra la piel: el Dios de la vida, aquel de quien el

largo gustaba hablar. Se murió lejos de ilusiones humanas y cristianas, porque para un buscador, para aquel que no quiere dejar que la fe se le congele en el alma, merece aún que se marchite, hay que caminar siempre a recoger caminos nuevos.

Somos incontables los amigos de Carlos Alberto y estamos por todas partes. Para todos nosotros Carlos Alberto ha sido un hito de los tesoros más preciosos que Dios ha querido regalarnos en estos años. Es verdad que la nostalgia que nos deja la muerte de alguien, a quien hemos querido de mucho, nos hace correr el riesgo de generar justificaciones. Sin embargo, nada de eso es necesario para valorar la vida de Carlos Alberto.

SU PASIÓN POR EL SEÑOR
Son muchas las veces que (características su vida) la callada humana excepcional de su persona, que irradiaba calor y fuerza para todos. Desde su opción por los más humildes y desprotegidos para tener siempre su inteligencia cultivada con tanto ejemplo, con tanta responsabilidad y con tanto amor por este mundo, por los pecadores, por su historia, por el mundo, y muchas cosas más, eran sus valores. Pero nada igual a su pasión por el Señor y por el evangelio. Para quien es capaz de evaluar una existencia, desde la perspectiva de la fe, no es difícil reconocer que es en esto en lo que estaba la grandeza verdadera de su persona. Su sentido eclesial tan transparente le hacía estar en comunión profunda con todos sus hermanos y le hacía experimentar una alegría inmensa por el cariño del buen pastor que hacemos, al mismo tiempo que le hacía sentir, sin resentimientos, ante el recuerdo de los sufrimientos padidos.

Por la memoria de todos nosotros va pasando ahora la secuencia de los recuerdos que tenemos de Carlos Alberto, con los que ha quedado enriquecida nuestra



Cristo, el protagonista

Esta escena de la Samaritana, en versión africana, sirve de ilustración y homenaje al misionero que entregó su vida, sin resentimientos, a la causa de Jesús.



propia vida.

UN REGALO DE DIOS
Cada uno de nosotros se entusiasma con el testimonio de los recuerdos de los otros. Los que yo tengo, y que me llenan de alegría, se extienden a través de

toda mi vida. Desde la época de sus estudios y de sus primeras experiencias pastorales, cuando tuve la fortuna de estar cerca de él y de conocer sus primeros sueños. Desde la época de sus opciones decisorias, las que también compartí con un fragmento de parte de su alma. Desde su

Ilakir de Enkai

Últimas palabras escritas por el padre Carlos Alberto Calderón en su diario, el 28 de febrero, cuando comenzaban a aparecer los primeros síntomas de la malaria que acabó con su vida en Kenya (África).

Noche de luna llena en el desierto Samburu! Las Ilakir de Enkai, en lengua samburu, las estrellas que son los ojos de Dios, se han escondido. Bienvenida la Hermana muerte! La fiebre me sube intensamente. No hay posibilidad de ir hasta el hospital de Wamba... Como de costumbre nuestro Toyota está dañado. Siento una intensidad grande, alegre ante la muerte. He vivido apasionadamente el amor por la humanidad y por el proyecto de Jesús... Muero plenamente feliz. Cometí errores, hice sufrir personas. ¡Espero su perdón! Qué bueno morir como los más pobres y marginados... sin posibilidad de llegar al hospital... Qué bueno que nadie siga muriendo así. ¡Ojalá ustedes se comprometan a esto! ¡Un abrazo intenso de amor para todos y para todas!

Carlos Alberto Febrero 28 de 1996

nos regaló paso a paso todas las satisfacciones de su aventura misionera. Ahora, en este tiempo de reflexión, cuando la vida de Carlos Alberto ha germinado en el seno del Dios de la vida, todos nosotros, la Iglesia arquidiocésana de Medellín, tenemos que

sino además de toda nuestra Iglesia colombiana y latinoamericana, a la que el Señor tanto servicios. Gracias, más aun de la Iglesia universal, porque la vida de Carlos Alberto fue un regalo de Dios para toda la Iglesia.



Entre los samburu

Esta es la última fotografía del padre Carlos Alberto Calderón en la misión de Barsaloi. Allí está, con un grupo de jóvenes samburu, feliz siempre de la entrega misionera que lo llevo a África.

Foto cortesía de los Misioneros de Yarumal

Oración de abandono

Esta oración del P. Charles de Foucault (Hermano Carlos de Jesús), traducida al kisamburu por Carlos Alberto, fue encontrada en su cuaderno de notas, antes de la carta de despedida que se reproduce en la página anterior.

Padre mío,
te abandono a Ti,
y de mí lo que quieras,
que hagas de mí
lo que quieras.
Gracias por
lo que me has
dado.
Disculpame
por lo que he
hecho mal.

dormía tranquilamente en el carro; con la ayuda de los samburus salimos del lugar y nos fuimos para Wamba para llevar el carro al taller. Estuvimos

después de una hora y cincuenta minutos estábamos en el hospital de Wamba. Al llegar dijo que se sentía muy mal y que creía que se iba a morir. Había descansado un poco con el vehículo. Llegó caminando hasta el con-

estaban esperando la autorización del médico para ir por Carlos para transportarlo a la unidad de cuidados intensivos en Nairobi. La doctora italiana, directora del hospital, dijo que en ese momento él no resistiría el viaje débil-

terminada.
El martes 26 de marzo, después de haber recibido la noticia por radiotelfono, que le han sido desconectados todos los aparatos que lo tenían con vida artificial, fui a la pieza de Carlos.

vida, pasión y muerte de un misionero

* Los últimos días del P. Carlos Alberto Calderón
* "Muero plenamente feliz"

Por Jorge Iván Fernández López, m. s. y

Desde la alegre llegada de Carlos a Kenya, su permanencia en la misión, el estudio de la lengua Maasai, la vida de equipo, su amistad, su enfermedad y acompañamiento al hospital de Wamba, el diálogo antes de entrar en coma y su traslado al hospital de Nairobi, he tenido la gracia de ser el compañero que más cerca he podido compartir y a la vez aprender mucho de él. Por este motivo quiero contarles algunos detalles que me tocó vivir con él los últimos momentos de su vida y su carta de despedida.

A mediados de 1994 recibimos la noticia de la venida del padre Carlos Alberto a Kenya, como sacerdote asociado de la Arquidiócesis de Medellín con el equipo de Misioneros de Yarumal que trabajamos en este país del oriente africano. La noticia nos alegró a todos y aunque la mayoría no lo conocíamos personalmente, sí habíamos escuchado hablar de su compromiso con los pobres y marginados, de sus dificultades hace algunos años con el señor Cardenal Alfonso López Trujillo y de sus esfuerzos por vivir a plenitud el seguimiento de Jesús.

En septiembre de 1994 se despidió de sus numerosos amigos y amigas y

meses para refrescar un poco el inglés. El 2 de noviembre de ese 1994 llega a Kenya, alegre, optimista y sencillo como de costumbre. Los Misioneros de Yarumal lo acogemos en nuestro equipo y celebramos su decisión y su llegada al continente de ébano. Durante el mes de noviembre y principios de diciembre estuvo visitando Longisa y Abosi, nuestras dos misiones entre la tribu de los kipsiguis y en donde además estaban viviendo su experiencia de asociados-los padres de la Arquidiócesis de Medellín, David Estrada y Orlando Morales. Inicialmente iba a trabajar en Abosi.

CON LOS SAMBURU

A mediados de diciembre salimos para Barsaloi, al noroccidente de Kenya, para celebrar la navidad en medio de la tribu Samburu. La pobreza, el semidesierto, el ambiente de primera evangelización y sobre todo la gente de esta tribu, lo llevan a pensar que su misión debe ser esa en Barsaloi. En esos días de navidad y año nuevo me decía que su decisión la había tomado personalmente después de la muerte de la "Linda", como cariñosamente llamaban a su mamá entre la familia, y que desde el principio había pensado en los Samburu, después de observar uno de los libros que tenía el padre Jairo Gómez a su regreso de Kenya.

